

11
EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS
CREPÚSCULOS,

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

TERCERA EDICION.

MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1884.

01

LOS CREPÚSCULOS.

01891

Ach. 14-X-52

LOS CREPÚSCULOS,

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el Teatro Principal de Valencia el 6 de
Febrero de 1861, con inusitado éxito.

TERCERA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1884.

Centro de Documentación de
los Actos Federales de América
JUNTA DE ANDALUCÍA

2.12392

cogemos á V. la palabra. El caso es el siguiente: acaba de recibir un parte telegráfico en que le anuncian que la censura ha detenido la representación de la obra que tenía ensayada para su beneficio, que debe de tener lugar de aquí á dos días.»—«¿Y qué puedo yo hacer en eso?»—«Escribirle una comedia.»—«Para cuándo?»—«(Para ensayarla mañana á la no-he.)»—«¡Señores!»—«Nada: tenemos su palabra de V.»—«(Pero si es materialmente imposible...)»—«Con una pieza en un acto basta.»—«Si yo nunca he escrito piezas en un acto.»—«Alguna ha de ser la primera.»—«Pero, dije yo buscando una salida, aun cuando la escribiera, ¿qué actores se comprometen á ejecutarla para dentro de dos días?»—«(La Bagá, García, Olona y yo,)» dijiste tú.—«Con que hasta tengo el acróstico del reparto! Señores, van Vds. á hacer que me silben; pero puesto que así lo quieren, hasta mañana á la noche.)» Á la noche siguiente se ensayaron LOS CREPÚSCULOS. Como sólo se me permitía contar con cuatro actores y en el argumento que de prisa convine resultaban cinco personajes, tuve que buscar la manera de que tú pudieses representar dos. Pasadas dos noches conseguías tú uno de los mayores y más merecidos triunfos que ha alcanzado actor, representando casi á la vez á D. Facundo y á Teodorito.

Porque con este objeto y para que alcanzases este resultado escribí esta obrilla, te la dedico, que por lo demas es tan ligera ó insignificante, que fuera pequeño homenaje al genio de un artista como tú. Saluda á nuestros amigos de Valencia, y diles que nunca se borrará de mi memoria el recuerdo de sus bondades y atenciones para con el pobre poeta peregrino

LUIS DE EGUILAZ.

Habiendo examinado esta obra dramática, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 5 de Febrero de 1861.

D. MATHEO BAGE ISABELLA
D. FERRAZINO OSORIO El Censor de Teatros, DON FACIL
D. JOSE UJORA TEODORITO
D. PEDRO GARCIA ANTONIO FERRAZ DEL RIO
DON PESCO
HAY

Esta y las demas obras del mismo autor son propiedad de la Señorita Doña Rosa Eguilaz de Renart, única y legítima heredera de D. Luis de Eguilaz, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS DE A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES. ACTORES.

| | |
|------------------|-------------------------------|
| ISABELITA..... | D. ^a MATILDE BAGÁ. |
| DON FACUNDO..... | } D. FERNANDO OSSORIO. |
| TEODORITO..... | |
| DON PEDRO..... | D. JOSÉ OLONA. |
| BLAS..... | D. PEDRO GARCÍA. |

La acción pasa en una quinta inmediata á Sevilla.
1861.

ACTO ÚNICO.

ardín de la casa de D. Facundo. Á la derecha un pabellon y á izquierda la fachada de la casa. Desde el segundo bastidor de la derecha partirá una calle de árboles que va á perderse por el último de la izquierda. Verjas al fero, cuya puerta estará á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

BLAS, ISABELITA. Al levantarse el telón Isabelita atraviesa la escena haciendo rodar un aró y desaparece rápidamente. Blas sale corriendo trás ella.

BLAS. ¡Señorita, señorita!
señorí... ¡Cál Échiale un galgo!
En comenzando sus juégos
ni oye ni ve, ni... ¡Cuidado!
Pues no se vá hácia el estanque.
—Eh! por ahí no. ¿Sí? ¡Pues llamo
al abuelo!—Ya se aparta.—
Pues no tengo mal trabajo.
Estar todo el santo dia
en este jardin, cuidando
de los niños... ¡Y qué niños!
Si esto no está para contado.
Teodorito, un jastialote
que me lleva casi un palmo.

«Esa, una niña bitonga
que raya en los quince años... (Llama dentro.)
¿Quién? Ya van.—Es mucho cuento
esto de servir á un amo.
(Abre la puerta del foro y se queda estupefacto al
ver entrar á D. Pedro. Este viene en traje de ca-
mino.)

ESCENA II.

BLAS, D. PEDRO.

BLAS. ¡Señor don Pedro!
PED. Adios, hombre.
(Dándole en el hombro.)
BLAS. ¡Ay!—¡Usted!
PED. ¡Adios, muchachó!
(Dándole en el otro hombro.)
BLAS. ¡Ay! (Me igualó!)
PED. ¿Qué te pasa?
BLAS. Nada.. El... la... (Me ha desplomado.)
Como yo no creía
verle á usted por estos harrios...
La sorpresa... el regocijo...
Voy á avisar en un salto
al señor.
PED. ¡Eh! (Deteniéndole por una oreja.)
BLAS. (¡Ay!)
PED. Espera.
BLAS. Antes quiero hablarte un rato
No sabe usted el contento
que tendrá. Se alegra tanto
cuando recibe una carta
de usted. Voy... se me hace cargo
de conciencia no avisarle
que su hijo al fin ha llegado.
PED. Cachaza, buen Blas, cachaza.
Tiempo habrá de todo. Vamos.
BLAS. Pero, señorito, ¿usted
no escribió el lunes pasado
de *Pesteburgo*?
PED. Sí.

BLAS. Es cosa que no entiendo aunque la palpo.
¡Ya! con los *carros-febriles*
y eso de los *telegráfos*,
van los hombres por los aires
como en los *lobos estáticos*.

PED. ¡Te instruyes!

BLAS. Le diré á usted;
aunque es uno un pobre diablo,
ahora, con los *periódicos*,
al fin, uno lee algo...
y se avisa y se destruye,
porque uno dice, «¿á qué estamos?»
«á destruirse, que al fin
sabe Dios si, el tiempo andando,
puede uno ser guarda-monte,
ó sereno... ó diputado.»

PED. ¿Mi padre, bueno?

BLAS. Tan bueno,
es decir, bien que digamos...

PED. Hombre, eso es lo natural,
tiene ya noventa y cuatro...
¿Y de aquí?... (Llevándose un dedo á la frente.)

BLAS. De ahí... según.
Yo pienso que eso va malo.

Se ha vuelto á la edad primera,
y da en casa cada escándalo...

PED. ¡Qué! ¿Pollea?

BLAS. No, señor.
Se pasa el dia jugando.

Ayer, en salva la parte,
me atizó tal pelotazo...

PED. ¿Cómo? ¿Juega á la pelota?

BALS. Tú, tú... Y al chito y al marro,
y á los pollitos... y á todo.

No hay sainete de teatro
como esta casa.

PED. ¿Y mi hijo?

BLAS. ¿El señorito? Espigando.

PED. ¿Es travieso?

BLAS. ¿Si es travieso?...

¡Vaya! Mucho más que el amo.

Anteayer, si no ando listo,
cae de cabeza al patio.
Se empeñó en coger un nido
y se me subió al tejado.

PED.

¿Qué dices?

BLAS.

Si uno no puede
descuidarse.

PED.

¿Estás soñando?

Si Teodoro cumplirá
mañana diez y seis años.

BLAS.

¡Ya! Mas como el amo viejo
dice que es un renacuajo...
(Movimiento de D. Pedro.)

Le digo á usted la verdad.

Uno cree estar soñando

al ver lo que aquí sucede

con los tres.

PED.

¿Los tres?

BLAS.

Es claro.

PED.

Es turbio.

BLAS.

La señorita

es de ellos vivo retrato.

PED.

¿La pupila de mi padre?

BLAS.

La hija de aquel millonario,

amigo suyo, que es ya

cadáver muerto enterrado.

PED.

¿Pero mi padre está loco?

BLAS.

Yo pienso que chocheando.

—Es una casa de orates.

Mire usted, desde las cuatro

de la mañana comienza

á ser esto un dos de Mayo.

Don Facundo en calzoncillos

deja la cama, y saltando

y brincando como un niño,

va del señorito al cuarto.

Lo despierta. Don Teodoro,

con aquel tono aflautado,

—habla como un pollo, canta,

porque está la voz mudando,—

empieza á aturdir la casa

que no hay forma de aguantarlo.

Visto á los dos como puedo;
y apenas de hacerlo acabo,
se me escapan y aporrean
de la señorita el cuarto,
hasta que sale, y los tres
arman aquí el zafarrancho.

Un dia me hacen ponerme,
con perdon de usted, en cuatro...

y pasan dos ó tres horas
por cima de mí saltandó.

Otro dia se me suben,
sin saber cómo, á aquel árbol

y me apedrean con brevas
y me ponen hecho un asco.

Otro—y esta es la mas negra—
dan carreras de caballos;

y el caballo soy yo siempre,
que siempre con todos cargo.

En fin, señor de mi alma,
esto no es para contado.

PED. Pero, señor... si parece
cosa de cuento... ¡Á sus años!...

¡Y el chico, que ya es un hombre!

Y la chica... vamos, vamos.

BLAS. No hay vamos, que esto es lo cierto.

PED. ¡Eh! Quita: tú estás borracho.

BLAS. ¡Borracho! Mire usted allí.

Mírela usted con el aro.

¡Anda!

PED. ¿Es Isabel aquella?

¿Y no la visten de largo?...

¡Jesús! ¡Jesús!

BLAS. ¡Lo ve usted!

PED. ¡Aún de corto!

BLAS. Dice el amo

que las gentes solo gozan

en tanto que son muchachos,

y que cuanto más les dure

esa edad, más van ganando.

PED. Pero si es una muchacha

(Sin dejar de mirarla.)

como un pino! Si es milagro

- lo que esa chica... ¡Jesús! (Meditando.)
¡Lo que se ha desarrollado!
- BLAS. Pues no siendo de peonzas,
de pelotas ó macacos,
no la hable usted.
- PED. ¡Ay, qué lástima!
Si esa niña es un bocato
dí cardinalí. (Mirándola siempre y pensativo.)
- BLAS. ¡Jé, jé!...
Pues dígasele usted al amo.
En diciendo que le dicen
que es un contra-Dios tratarlos
como á niños... En diciendo
que no es un chilicuatro
don Teodoro, y que la niña
no está en pañales... el báculo
levanta y le rompe á usted
la cabeza de un trancazo.
- PED. Pero, hombre, si á mí me ha escrito
que trataba de casarlos;
y desde San Petersburgo
me ha hecho venir como un rayo
para asistir á la boda.
- BLAS. ¡Ah, ya! Esa es otra. Ahora ha dado
en que para jugar bien
á las cuatro esquinas, cuatro
se necesitan, é intenta
ver si ellos le dan el cuarto.
- PED. Y dime, dime. ¿Los chicos
se quieren?
- BLAS. ¿Saben acaso?
Sí... se quieren: pero así
como si fueran hermanos.
- PED. Sí, sí. Pues mira, Blasillo,
(Cogiéndolo por una oreja.)
ven acá y hablemos claros.
Ya sabes que siempre fui
á tirar aficionado
de la oreja á Jorge.
- BLAS. ¿Á Jorge?
Perdone usted, yo me llamo
Blas.

- PED. (Riendo.) No quiero decir eso.
Que al juego soy inclinado.
- BLAS. ¡Ya!
- PED. ¿Pues sabes tú lo que es
un elijan?
- BLAS. Diputados...
se eligen.
- PED. ¿Y un mamarán?
- BLAS. Eso... los que no han mamado.
- PED. Pues mira, entre esas dos cosas
me han dejado sin un cuarto.
- BLAS. ¡Señor!
- PED. Nada, lo que oyes.
(Cogiéndole de una oreja.)
Amigo Blas, he tronado.
- BLAS. ¡Ay!
- PED. ¿Qué es eso?
- BLAS. Que me estaba
usted por Jorge tomando.
- PED. ¡Já, já! ¿Y sabes lo que pienso?
- BLAS. ¿Yo? No, señor.
- PED. Que he enviudado.
- BLAS. Eso pasó hace diez meses.
¡Pobre señora!
- PED. En descanso
Dios la tenga.—Mira, Blas.
- BLAS. ¿Qué?
- PED. Que me mires despacio.
¿Qué edad me echas?
- BLAS. Cuarenta...
y... y... ¡y!
- PED. Cállate, bárbaro.
Treinta y ocho tengo y creo
que estando un poco arreglado
no lo diría el más lince.
Dime: se conserva intacto
el caudal de Isabelita?
- BLAS. Corregido y aumentado.
- PED. Pues Blas, esto es cosa hecha.
Dáme el parabien: me caso.
- BLAS. Quiere usted también jugar
á las cuatro esquinas?

PED. Vamos,
¿tú crees que la muchacha
perderá mucho en el cambio?
BLAS. ¿Qué muchacha?
PED. Isabelita.
BLAS. Usted con... já, já.
PED. ¡Zanguango!
BLAS. ¡Usté!...
PED. El negocio es negocio...
Sí me ayudas... Yo soy franco,
ya lo sabes, Blas, yo tengo
un agujero en la mano.
BLAS. Silencio. Aquí viene ella.
PED. Déjame solo.
BLAS. ¿Y si el amo?...
PED. Déjame, ó... (Va á darle un puntapié.)
BLAS. ¡Ay! (El charol
abriga mucho en verano.) (Váse.)

ESCENA III.

D. PEDRO, ISABELITA sin reparar en D. Pedro, rodan-
do su aro. D. Pedro muy almirabado.

ISAB. ¡Anda! (Al aro.)
PED. ¿Quiere usted que yo
la ayude á dar al arito!
ISAB. ¡Jesús!
PED. (¡Y es muy mona!)
ISAB. ¡Un hombre!
PED. (¡Si será un ladron!)
Ya atino
de qué ese estupor dimana,
que de carmin ha teñido
sus mejillas.
ISAB. No, señor,
perdone usted, no me tiño.
PED. Dije carmin...
ISAB. No es carmin.
Todo lo que tengo es mio.
PED. (¡Ay, que es negada!)
ISAB. Con que

- si usted me da su permiso...
(No es ladrón: lleva gabán.)
- PED. Usted no me ha conocido.
- ISAB. No, señor.
- PED. Yo soy...
- ISAB. ¡Ay, sí! (De repente.)
Ya caigo, tú eres Perico.
- PED. ¡Perico!
- ISAB. Así te llamamos.
¡Y cómo has envejecido!...
- PED. Enve... (¡Diablo!)
- SAB. Y has echado
panza y todo!
- PED. (Llevo cinto;
cómo conoce...)
- ISAB. ¡Ay, y cómo
va á sentir el abuelito
verte tan feo!...
- PED. ¡Isabel!...
- (Pues me luzco por lo visto.)
- ISAB. ¿Qué es eso, no te ha gustado?
¿Te has enfadado, Perico?
- PED. ¿Yo? No.
- ISAB. ¿No? Pues dame un beso,
y echemos al mar pelillos.
(Marcándole con un dedo el sitio en que ha de
besar, y esperando con impaciencia durante el
aparte de D. Pedro.)
- PED. Pero sí... (Yo estoy en habia.
Bárbaro, vengo vestido
de viaje... Ya lo creo,
así estoy hecho un judío.)
Mira, niña, yo me marchó
porque un asunto preciso
me llama; pero aquí vuelvo
antes de cuatro ú de cinco
minutos. ¿Estás? Prométeme
que no dirás que me has visto
ni á Teodoro, ni á mi padre.
- ISAB. ¡Cá! Si por eso me pirro.
¡Ay, sorpresa! ¡Qué he de hablar!
Si es un juego muy bonito. (Brincando)

PED. ¿Cuál?
SAB. Pues qué, piensas que yo lo que ideas no adivino? Quieres llegar de puntillas por detrás del abuelito así; taparle los ojos y decirle: «Facundillo, ¿sabes quién soy?» ¡Ay, qué gusto! Sí.

PED. Mas ponte más bonito,
ISAB. no se me asuste el abuelo.

PED. Adios, perla.
ISAB. Adios, Perico.
PED. (En cuanto esté adecentado, verás para qué has nacido, chicuela insulsa.) (Vase.)

ISAB. ¡Ay, qué gusto!
¡Si me caso somos cinco!

ESCENA IV.

ISABELITA, D. FACUNDO.

FAC. Rata-plan, plan plan, plán plan.
¡Alza, pilili!

ISAB. ¡Abuelito!

FAC. ¡Malva-rosa! Me he escapado de ese diablo de Blasillo, que se empeña en que no baje al jardín porque hace frío. ¡Mire usted, venir con esas necedades de este siglo á un mozo como un trinquete, más fuerte que diez castillos! ¡Rata-plan!...

ISAB. Calla, Facundo.

FAC. ¿Dónde está mi Teodorito?

ISAB. Con el ayo, que le enseña los latines de los libros y el *quis vel qui*. Por tu culpa se fastidia el pobrecito. Eres un abuelo malo:

- no quiero jugar contigo.
- FAC. Jé, jé, jé, pero, muchacha,
si eso en el mundo es preciso.
Ven acá, no te me enfades,
malva-rosa, pimpollito.
- Is AB. ¡No quiero!
- FAC. ¿Por qué?
- Is AB. ¿No dices
que se va á casar conmigo
Teodoro?
- FAC. Sí.
- Is AB. ¡Ya caiste!
- Yo miro por mi marido.
Yo no quiero que le enseñen
esas cosas; con los libros
y los estudios, el pobre
se va quedando hecho un hilo.
Y la mujer que es honrada,
—mil veces tú me lo has dicho—
debe mirar por su esposo.
¡Alza!
- FAC. Y si se hace latino,
los chiquillos que tengamos
saldrán luego hablando en gringo.
- Is AB. No temas, mujer, no temas.
Dentro de un rato subimos,
y si el ayo no le deja,
se arma la de Dios es Cristo.
- FAC. Sí, sí; luégo, luégo, luégo. (Con incredulidad.)
Bien está; pues por lo mismo
no te he de decir que há poco
ha venido aquí tu hijo.
- SAB. ¿Cómo?
- FAC. ¡Rabia! Y yo le he hablado.
Is AB. Sí, sí, sí; ¡y tú no le has visto!...
- FAC. Conque... ¿Pues en dónde está
ese pedazo de pícaro?
Ya verás qué pescozon
se mama. Hombre, es bonito
llegar, y sin abrazarme...
sin verme... sin... ¡Cuando digo
que á pesares y disgustos (Lloroso.)

va á matarme ese Pericol...

ISAB. Qué, ¿lloras, abuelo?

FAC.

¡Yo! (Transición.)

¿Por qué? Porque ese mal hijo

no haga caso de su padre,

que con tanto y tal cariño

lo ha criado! ¡Bah, bah, bah!

¡Pues era grande el motivo!

¿No tengo á mi malva-rosa

y á mi gentil Teodorillo?

¿No me entiendo con vosotros

como vosotros conmigo,

y pasamos una vida,

que á aquella del paraíso

le dice: «quite usted allá?»

Los ancianos con los niños.

Crepúsculos de la vida

ambas edades, son tibios

de sus luces los reflejos

para los hombres. Preciso.

Se fastidian de nosotros

que como ellos no sentimos,

que no tenemos pasiones,

que débiles ó enfermizos

ciframos nuestras delicias

en un beso ó en un mimo.

ISAB. Mas si dijo que volvía...

FAC. ¿Y á mí qué? Vuelta con dijo.

¿No quiere ver á su padre?

Hace bien. Yo le fastidio

con mis chochees y mis... (Llora.)

¡Ah! mira, mira, en castigo

sube y dí al ayo que suelte

á Teodoro.

ISAB. ¡Ay sí, abuelito!

FAC. Que cuando vuelva me encuentre

con mis verdaderos hijos.

ISAB. Voy, voy.—¡Teodoro! ¡Teodoro! (Váse.)

ESCENA V.

D. FACUNDO solo.

¡En teniendo yo á mis chicos!...
El pensará que me apuro
por su falta de cariño.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Voy á ponerle un hocico,
que... (Esforzándose como para ponerse grave.)

ESCENA VI.

D. FACUNDO, D. PEDRO.

PED. (Dentro.) ¡Dónde está!
FAC. (Vacilando.) ¡Qué! ¡Qué? ¡Qué?
esa voz... ese... ¡Hijo mio! (Lo abraza.)
PED. ¡Padre!
FAC. ¡Aprieta hasta estrujarme!
¡Sin miedo, sin miedo, chico!
PED. ¡Diez meses largos sin vernos!
FAC. (Recordando lo anterior y rechazándolo.)
Y es verdad. Aparta, pillo.
PED. ¡Señor!
FAC. Estoy enfadado.
No es usted un muchacho digno
de los besos de su padre.
PED. Pero si yo...
FAC. ¡Chito, chito!
¿Cuándo llegó usted á casa?
PED. Es que el polvo del camino...
(Sin saber qué decir.)
FAC. ¡Temió usted mancharme el traje!
¡Señorito, señorito!
¡me ha manchado usted el alma
con tal falta de cariño!
PED. Es que...
FAC. ¡Calle el renacuajo!
¿Dónde ha estado usted metido
estos diez meses?

- PED. Yo, padre,
ya sabe usted que le he escrito...
que...
- FAC. ¡Mentira!
- PED. En Petersburgo,
en Baden, buscando alivio
á mis dolencias...
- FAC. Jugando
un caudal que es de tu hijo.
No hay que mentir: tus locuras
han hecho mucho ruido.
Hasta este rincón del mundo
llega de tus extravíos
la noticia: yo no debo
abrazar á un libertino.
- PED. Padre, esas son mocedades
que usted...
- FAC. Que yo no permito. (Enérgico.)
¿Y cuándo? Cuando aun acaso
no se hallen del todo frios
los restos de aquella santa
á quien mataste. Lo dicho,
la matastes á disgustos
como acabarás conmigo. (Llora.)
- PED. Pero si lleno de pena
llorando mis extravíos,
viniera... (Con falsa contrición.)
- FAC. Eso es otra cosa,
perdona, perdona, hijo,
si es que te eché en cara. ¿Vienes
de veras arrepentido? (Candorosamente.)
- PED. Sí.
- FAC. Pues aquí está mi casa,
aquí está el hogar tranquilo
á cuyo calor creciste, (Sencillo.)
aquí, el lecho donde aún niño
viste morir á tu madre,
que Dios goza aquí, hijo mío,
están abiertos los brazos
del pobre viejo. ¡Ven, hijo!
- PED. ¡Padre!
- FAC. Los cascotes sentaste,

- conociste tu extravío, (Con ligereza.)
y no hay más que hablar. Ahora
á vivir aquí metido.
- PED. Sí, sí; vida de familia, arreglo; aquí metidito con mi padre, mi Teodoro, mi mujer y...
- FAC. ¿Qué? ¿Qué has dicho!
- PED. ¡Toma! Mi mujer!
- FAC. ¡Muchacho!
- ¡Pero si aún luto vestimos por la otra!
- PED. Diré á usted.
Yo me conozco, y concibo que, por más firmes que sean mi propósito y designio de arreglarme, si no tengo álguien que con pulso y tino me refrene, el mejor día volveré á ser lo que he sido.
- FAC. Bien, hombre; tienes razon.—Por supuesto, Periquito, que te la traes á casa: si no no doy mi permiso.
- PED. Si no es menester traerla. Si la tiene usted consigo.
- FAC. ¿Cómo?
- PED. Porque... es Isabel.
- FAC. ¿Quién?
- PED. Isabel.
- FAC. ¿Eh? ¿Qué has dicho?
- PED. Isabel.
- FAC. ¡Isabelita! (Fuera de sí.)
¡Si alzo este báculo, pícaro!
¿Pues no sabes, badulaque, que Isabel es para el niño?
- PED. Ya; pero eso ser no puede. Teodoro aún es un chiquillo. Y ya ve usted, los dos jóvenes, se nos cargarán de hijos y...
- FAC. ¡Alza, pilili! Pues eso,

(Radiante de gozo y como aquel á quien le adivi-
nan su más risueña esperanza.)
eso es lo que regocijo
me da sólo con pensarlo.
—Figúrate tú, Perico,
cómo estaré yo con uno
que tenga así los carrillos...
con una cabeza rubia
de aquellas que el gran Murillo
da á sus ángeles, tan puros,
tan bellos. Ese, el rubito,
en los brazos; aquí al lado,
sacándome del bolsillo
los confites que exprofeso
al efecto habré metido,
otro pelon, de ojos negros,
que parezca un gitauillo.
Al otro lado una niña,
rubia como su hermanico,
que los faldones me arranca
pidiéndome á voz en grito
la confitura que engulle
el pelon á dos carrillos.
En medio de ellos el viejo,
á ese beso, á este pellizco;
á este quiero, á este no quiero,
¡que te cojo! ¡que te pillo!
hecho un Regina angelorum,
si hay reginas masculinos.
PED. Bien, padre, bien. Mas Teodoro
ser no puede un buen marido.
Créame usted, en el mundo
harán un papel ridículo.
Ella mozueta inexperta
que necesita de arrimo,
él inocenton, sanote,
con aquella voz de grillo...
FAC. Cuando tú vas yo ya vengo.
Los gallos nunca han podido
engañar al recobero.
¿Estás? ¡Te veo, Perico!
Tronaste como arpa vieja;

cuanto tuviste has perdido,
y atrapar quieres los cuartos
de Isabel. Pues, hijo mio,
á otra parte con la música,
que aquí las cartas te han visto.

PED. Pues bien, padre; ¿y si eso fuera?
¿si me viera reducido
á hacer ese casamiento
ó?...

(D. Pedro dice estas palabras con tono sombrío y con cierta exageracion, como para intimidar al padre, que débil y asustadizo tiembla á la sola idea. Todos los momentos de arranque de D. Facundo van seguidos de otros de completo abatimiento y de infantil timidez.)

FAC. ¿Ó á qué?

PED. Ó á darme un tiro.

FAC. ¿Tú?

PED. Sí, señor. Acabemos.

Entrampado, perseguido,
no me queda otro recurso.

FAC. Pero ¿y yo?

PED. Usted aunque rico,
no lo es bastante.

FAC. ¿Y la dote
de tu mujer?

PED. La he perdido.

FAC. ¿Cómo?

PED. Mi honra está empeñada,
y si usted, padre, en mi auxilio
no viene...

FAC. ¿Qué harás? Termina.

PED. Ya lo dije.

FAC. Pero, hijo...

Ven acá. Ven... ¿Tú has pensado?...

PED. Sí, señor.

FAC. ¡Y este perdido,
será muy capaz de hacerlo
como lo dice!

PED. Lo mismo.

Sólo así mi honor se salva.

FAC. Mas ven acá, ¡voto á Crispo! (Muy exaltado.)

¿serás más honrado, ingrato,
porque al crimen cometido
añadas un nuevo crimen
que te cierre el paraíso? (Movimiento de Pedro.)
—Pedro, yo ya estoy muy viejo; (Sin fuerzas.)
no te exaltes, hijo mio:
si te digo alguna injuria,
es... que no sé lo que digo.
Me voy: veré si el muchacho
te la cede... ¡pobrecito!
¡el pobre la quiere tanto!
estaba tan consentido...
¿Para qué... para qué? ¡cielo!
¿le das á los padres, hijos!
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA VII.

PEDRO, BLAS.

PED. (Llamando bajo y resueltamente)
Blas.

BLAS. ¡Señor!... (Saliedo por la izquierda.)

PED. ¿Oiste?

BLAS. (Bajo todo.) Sí.

PED. ¿Tienes cariño á esta oreja?

BLAS. Sí, señor, mucho.

PED. Pues mira,

me importa que no se vean
mi padre y Teodoro.

BLAS. Bueno.

PED. Mi pobre padre choquea;
y, Blas, á su edad el hombre
es del último que llega.

BLAS. Digo que no se verán.

PED. Que cuanto digan lo sepa
yo al momento.

BLAS. Bien, señor.

PED. Ah, mira, Blas. Y tú piensa
algo que á Teodoro obligue.

BLAS. ¿Á qué, señor?

PED. Á cedérmela.

BLAS. ¿Pero á quién?
PED. Á Isabelita.
BLAS. ¡Chist! El señorito llega.
PED. Pues anda.—Ó me la convences...
BLAS. ¡Pronto!
PED. Ó te dejo sin esta. (Váase.)

ESCENA VIII.

BLAS, D. FACUNDO, ¹ luego TEODORO.

FAC. No doy con él. ¡Teodorito!
BLAS. (¡Ay, el viejo!) ¡Si se encuentran!...
me mamo un pie de paliza...
¡Digo! y el niño que llega!
¡Señor! (¡Válgame el ingenio!)
FAC. ¿Dónde está el niño, babieca?
BLAS. Por allí, ¿no le ve usted
al pie de aquella morera?
FAC. ¡Qué ojos tengo! No lo veo.
BLAS. Pues vamos.
FAC. Anda de priesa.
(Se lleva al viejo haciéndole correr hácia el fore
izquierda por entre los árboles, y ántes que ha-
yan desaparecido se presenta Teodorito en la
puerta del pabellon de la derecha. Viste de luto
tambien.)
TEOD. (Canta.)
La ví por vez primera
al fin de esa enramada,
la ví cruzar ligera
y echarme una mirada.

† Sale por el segundo bastidor de la derecha por entre la calle de árboles, uná contrafigura que viste la misma bata de D. Facundo y que lleve su misma peluca, y acciona al par que habla dentro el actor que desempeña el doble papel. El resto del traje, como es de luto en ambos, no ofrece dificultad de ningun género.

ESCENA IX.

TEODORITO, luego ISABEL. Trae una gran pelota de goma.

TEOD. ¡Alza! He dicho de corrido el quis vel qui. Ahora se empieza amo, amas, amavi, amatum. ¡Alza! En cuantito lo sepa se lo empiezo á conjugar á mi Isabelita, ea; y ella lo aprende, y despues en cuanto el abuelo venga se lo decimos, y luego nos casamos en la iglesia... y nada más.

ISAB. ¡Teodorito! (Saliendo.)

TEOD. ¡Me han mudado!—¡Anda!

ISAB. ¿De veras?

TEOD. Ya sé quererte en latin.

ISAB. Sí, para que no te entienda.

ISAB. —Mira, traigo la pelota: no es la de ayer... esta es nueva.—

TEOD. ¿Conque vamos á casarnos?

ISAB. ¡Ay, qué risa!

TEOD. ¿Tú quisieras?

ISAB. ¡Alza! (Con picardía.)

TEOD. Y yo.—Dí, ¿qué es casarse?

ISAB. ¡Toma! Una cosa muy seria que hace el cura. Yo lo he visto y tú no...

TEOD. Dí, ¿y no se juega?

ISAB. Sí, mujer: casarse es todo.

TEOD. Te ponen la falda negra y la mantilla, á mí el fraque del abuelo y su chistera...

ISAB. ¡Qué feo estarás!...

TEOD. Y vamos

de *bracilete* á la iglesia muy huecos y muy orondos, y ya ninguno me pega, ni nos manda nadie nada,

ni el ayo latín me enseña;
y con el abuelo luego
armamos una merienda...
y luego un niño de carne
mas mejor que tu muñeca
nos traen de Francia; y luego
al chiquillo que se atreva
á pegarle, como un hombre
seré, le digo que venga
á la puerta de mi casa,
y le rompo allí la geta.
—¡Ay, qué risa!

ISAB. ¡Y siempre juntos!

TEOD. ¡Toma! Eso el cura lo reza.

ISAB. Pues yo me quiero casar.

TEOD. Y yo tambien.—Mira.

ISAB. Ea.

¿Pues por qué ya no nos casan?
Cuando estudias no se juega,
y sin tí me pongo triste.

TEOD. Y yo sin tí, ¡Toma!—¿Es buena
la pelota? ¿La has probado?

ISAB. No; si no he de hacer la prueba
sin el abuelo.—

TEOD. ¡Ah! En casándonos

yo te llamaré «cordera»

(Ahuecando su afeitada voz.)

como Anton llama á Tomasa.

—¿Es de goma?

ISAB. Hombre, sí, déjala.

TEOD. Pues yo quiero la pelota.

ISAB. ¡Eh! Pues yo no quiero, ea.

TEOD. Pues lo que es de la mujer
es del marido. (Cierta gravedad.)

ISAB. Pues venga
tu trompo.

TEOD. Lo del marido

(Sonriendo maliciosamente.)

no es de la mujer, tontuela.

ISAB. Pues ya no quiero casarme.

TEOD. ¡Anda!...

ISAB. No.

TEOD. Pues lloro.
ISAB. (Sollozando.) Ténla.
TEOD. ¿Lloras? Pues ya no la quiero.
Si es para tí, si es la nueva...
(Lloriquean los dos.)

ESCENA X.

DICHOS y BLAS.

BLAS. (Ya le alejé. Ay que sudores,
oreja mia, me cuestas.)
¡Señorito! ¡Señorito!
TEOD. ¿Qué quieres, cochino? (sin dejar de llorar.)
BLAS. ¡Apríes! ¡Apríes!
¡corra usted! Su señor padre
en este momento llega.
TEOD. ¡Ay, papá, papá! Hasta luégo. (Brincando.)
Voy. «La ví por vez primera...»
(Váse cantando y corriendo.)

ESCENA XI.

BLAS, ISABELITA.

BLAS. ¿Señorita?...
ISAB. ¿Qué me quieres?
No me gusta esa visita,
y estoy triste.
BLAS. (¡Estamos bien!)
¿Que no le gusta?
ISAB. Ni pizca.
Es mi suegro, y á los suegros
no se quieren.
BLAS. ¡Señorita!
No diga usted eso, vamos.
ISAB. Pues qué ¿es malo?
BLAS. ¡Una herejía!
¡Suegro de usted! ¿Usted ha pensado
en casarse tan de prisa?
ISAB. Sí, zi, de prisa; y parece
que no va á llegar el día.

BLAS. Casarse... bien; mas casarse
con quien le dará una vida
de perros.

ISAB. ¿Por qué?
BLAS. ¿Por qué?

No sabe usted de la misa
la media. Mire usted: el hombre
que estando en la *soltería*
no ha corrido su caballo,
Lo sirve. Se necesita
un hombre así, ya más hecho,
que sepa... en fin... juraría
que usted va á llorar más veces
esa boda...

ISAB. ¿Sí? Imaginas...

BLAS. Mire usted: el señor don Pedro...

ISAB. No, no, ese es muy viejo.
BLAS. (¡Atiza!)

ISAB. Y á mí me gusta Teodoro.

BLAS. (Pues tiene gusto la niña.)

ISAB. Y quiero que mi marido
sepa jugar.

BLAS. ¿Jugar? Siga.

ISAB. Nada más.

BLAS. ¿Conque jugar?

Alto, doña Isabelita.

Ni con candil halla usted

un hombre que más le sirva

que don Pedro: no pondero,

hasta á usted la juraría.

¡Á mí!

ISAB. ¡Y qué pena! qué pena

cuando don Teodoro diga:

«ahora á correr el caballo.»

Y usted en casa solita

con los niños desnuditos

llorando á lágrima viva,

mientras él fuera de casa

corre que se despepita.

ISAB. Calla, Blas: ya no me caso.

¡Ay pobres criaturitas!

Y él ha de ser tan hereje.

- que...
- FAC. (Dentro.) ¡Jem, jem! (Tosiendo.)
BLAS. Por Dios, no diga usted palabra al abuelo.
De pensarlo se moría.
- ISAB. Bueno. No le diré nada.
BLAS. Nada: con don Pedro, arriba lo arreglaremos despues.
- FAC. (Dentro) ¡Jem! (Tose más cerca.)
BLAS. (Te salvé, oreja mia.) (Váse.)

ESCENA XII.

SABEL, D. FACUNDO. Sale de la casa de la izquierda.

- ISAB. ¡Abuelo! (Llorosa.)
FAC. (Lloroso.) Dónde está el niño?
No sé... por más que le busco...
Con las lágrimas los ojos
se me van poniendo turbios
y...
ISAB. También yo estoy llorando.
FAC. ¿Cómo? ¿Tú también, capullo?
¿Qué tienes? ¿Quién te ha reñido?
Dilo, y ya verá el cazarro,
aunque tan viejo me encuentro,
si tengo ó no tengo puños.
Apuradamente hoy
estoy yo para que alguno
me pida un favor. ¡Á ver!
¿Qué es ello, gozo del mundo?
ISAB. (Con el corazon enegido.)
Nada, que Teodoro es malo,
y que va á tener desnudos
á los niños.
FAC. ¡Criatura!
ISAB. Y yo no quiero, Facundo,
ni me caso, ni...
FAC. ¿Quién dice?...
ISAB. No, no; es que yo lo presumo.
FAC. ¡Ay! ya ha sembrado la duda
en su corazon tan puro.

- ISAB. Es que el buen marido debe
muy ántes del santo nudo
haber corrido el caballo.
- FAC. ¿Y qué?
- ISAB. ¿Y qué?
- FAC. Sí, lo pregunto.
- ISAB. Que Teodorito en su vida
ha montado más que en burro. (Lloriquea.)
(Abusar de su inocencia,
de su niñez... ¡Ah! ¡hijo espúreo!
El que hace llorar á un niño,
el que empaña este crepúsculo
de la vida, al par que enturbia
el otro ya moribundo
de la vejez, ni es honrado
ni cristiano, ni hombre justo,
ni tiene dentro del alma
ningun sentimiento puro.)
- FAC. —Vamos, chiquita, á tus juegos.
Voy á hablar unos minutos
con Periquillo, y despues...
(Esforzándose por aparecer contento.)
¡Alza pilili! Tres puntos
te doy al chito y te gano,
renacuajo.—Hoy tengo un pulso.
Anda.
- ISAB. No, si ya no juego.
Me voy... pero á llorar mucho.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

- D. FACUNDO, luego D. PEDRO, que sale de la casa
de la izquierda.
- FAC. ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Ahora verál!
(Llamando enérgicamente.)
¡Pedro!...—Hacer que vierta llanto
está inocente. Al más santo
se la doy.—¡Bueno! ¡Aquí está!
- PED. ¡Padre!
- FAC. ¡Ven!

- PED. ¿Le ha hablado usted?
FAC. No, señor.
PED. ¿Y á ella?
FAC. Tampoco.
No, señor: á un loco, un loco.
PED. Pero me parece que ya usted estaba convencido.
FAC. No, señor. De ningun modo. Quiero echarlo á rodar todo. ¡En buena nos has metido!
PED. ¿Cómo?
FAC. No tienes aquí nada, nada. (Mucha energía.)
PED. Bien; pero...
FAC. Nada he dicho. ^{No,}
PED. Padre, yo...
FAC. No, señor; es decir, sí. Tienes un alma más dura que la piel de Lucifer: un alma capaz de hacer llorar á una criatura.
PED. Yo... (Si ese diablo de Blas...)
FAC. Nada. De aquello que hablamos no hay nada. Nos retractamos. No queremos verte más.
PED. Pero padre...
FAC. Se acabó.
Tómalo por donde quieras: ni me importa que te mueras, ni... ¡Jesús! ¡Jesús!
PED. (¡Le habló!)
Es decir que porque cuadre á un hijo desobediente verme muerto ó indigente, usted se desdice, padre. Es decir que mi deshonra nada le importa á Teodoro, ni mi pena ni me lloro.
FAC. ¡Si quieres que te honren, honra! (Con solemnidad.)
PED. ¡Ya! Mas bien no me parece dejar que esos humos crezcan.

- FAC. Si quieres que te obedezcan,
¡obedece!
- PED. Yo...
- FAC. ¡Obedece!!
- Son de Dios principios fijos
que nos enseñan las madres.
Aquel que no honró á sus padres
honra no busque en sus hijos.
Se merece... con el llanto;
se enseña... con el ejemplo.
Un padre, Pedro, es un templo;
pero el templo ha de ser santo.
Y si en él se ve impureza,
por más que quiera la boca,
ni en él bien á Dios se invoca
ni se gime ¡ni se reza!!
- PED. Bien: yo no digo que no.
(Bruscamente y sin mirar que habla con su padre.)
Por él, no por mí me aflijo.
Soy su padre: ¡él es mi hijo!
- FAC. ¡Pues no soy tu padre yo!!
(Como gaivanizado por un momento y con voz
entera y terrible. Ligera pausa: Pedro queda con-
fundido. Estúdiense con particular cuidado esta si-
tuación. D. Facundo, tras de este supremo esfuerzo,
se encuentra por lo mismo mas débil y atribulado
que nunca.)
- PED. Perdon.
- FAC. Mira: yo estoy viejo.
Lo que siento y lo que he hablado
me tienen casi postrado.
Yo vivo ya de reflejo
y soy débil. Te apoderas
de mí con facilidad...
y... no tengo voluntad,
puedes hacer lo que quieras.
- PED. Señor, es que usted ha educado
á Teodorito de un modo...
- (Sin mirarlo y como buscando disculpa á su falta.)
- FAC. Eso no. Lo paso todo,
pero eso no. No le he hablado.
—Isabel llora; al volver

la vi... los quiero; me adoran
y... ¿cuando los niños lloran
los viejos qué hemós de hacer?
—No me avergüenzo, hijo mio,
mi edad llora cuando siente.

La tarde tiene relente
como la aurora rocío.

Ellos aurora, yo ocaso,
crepúsculo matutino
ellos, si yo vespertino,
fbamos al mismo paso,
ellos por la senda incierta
de una vida que empezaba,
yo por la senda que acaba
en una tumba ya abierta.

¿Pero y qué? Yo por consuelo,
viejo al verme, me decía,
anda... que cuando algun dia
vaya á buscar al abuelo
esa pareja envidiada

al cementerio en que mores,
y echen lágrimas y flores
sobre tu tumba ignorada
y oigas sus pechos latir,
y escuches con qué fervor
por tí piden al Señor,
de gozo has de revivir!!

—Y así contento vivía, (Llorando y riendo.)
feliz con esta esperanza.

y de la muerte que avanza (Rapidez.)
me mofaba, me reía.

Haz lo que quieras: adios. (Transición.)

Te fastidio, ya lo veo...

Ya estoy lelo, ya chocheo.

Adios... ¡que me llama Dios!

(Váse por el segundo bastidor de la derecha.)

ESCENA XIV.

D. PEDRO y BLAS despues.

PED. »¿No soy yo tu padre?» dijo,
y se va de aquí gimiendo. (Pensativo.)

Yo estoy con mi padre haciendo lo que repruebo en mi hijo.

BLAS. ¡Señor! ¡Aleluya! (Saliendo muy gozos.)

PED. ¿Qué? (Bruscamente.)

BLAS. Con el señorito he hablado y todo queda arreglado.

—Ahí viene. ¡Ya verá usted!

PED. ¡Bribon! (Cogiéndolo fuertemente por un brazo.)

BLAS. ¡Ay!

PED. Suerte fatal

del humano entendimiento.

¡Siempre encuentra un instrumento cuando le place hacer mal!

(Arrojándolo lejos de sí con indignación.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. PEDRO, TEODORO, ISABEL. Salen del pabellon de la derecha.

TEOD. Papá, Blasillo me ha dicho...

(Trae de la mano á Isabel.)

PED. Ven, hijo...

TEOD. Dice ese bruto (Casi llorando.)

que usted, pagando tributo al... no sé qué y al capricho, quiere á esta; y mal que cuadre al cariño que le tengo,

que es mucho, con ella vengo:

que al morir mi pobre madre

me dijo que en cuanto usted

me mandase obedeciera.

Conque haga usted lo que quiera.

y... (No puede más. Mucha sumisión.)

PED. ¿Y tú?

TEOD. Me moriré. (Mucha sencillez.)

Mil ejemplos, sin buscarlos, nos da la historia del mundo.

—¡Usted es Felipe segundo,

(Un arranque de chizo que estudia historia.)

y yo el príncipe don Carlos!...

PED. ¿Y tú?

ISAB. ¿Yo? Lo que usted quiera. (Llora.)

TEOD. Calla, tonta.

ISAB. Lo que es yo...

á este le dije que no;

mas lloró de una manera...

PED. ¡Conque obediente á la madre

(Abramado por el ejemplo del hijo.)

que perdiste siendo niño,

sacrificas tu cariño

por quien solo en nombre es padre?

¡por quien loco y sin rubor

te abandonó delincuente!

¡por quien no ha impreso en tu frente

un solo beso de amor! (Muy conmovido.)

TEOD. Dice abuelo que el deber

lleva al cielo al que en él anda.

—Si mi madre me lo manda,

yo, padre, ¿qué le he de hacer?

(Rompiendo á llorar.)

PED. ¡Oh! ¡sí! tu bendita madre

aún me está hablando por tí.

Perdon ¡hijo! porque así

pueda pedirlo á mi padre!

TEOD. ¡Padre!

ISAB. ¡Ah!

PED. Flaquezas vanas

echo ya de la memoria.

Vosotros seréis la gloria,

la delicia de mis canas.

Casaos.

ISAB. ¡Hole! (Saltando de gozo.)

TEOD. ¿Oye usted?

ha escuchado usted, abuelito?

(Corre hácia la ventana del pabellon de la dere-

cha, y metiendo la cabeza por entre la cortina que

la cubre, figura que habla con D. Facundo, sin

sacar la cabeza contesta en la voz de aquel. En-

tónces, ébrio de gozo se dirige al público despues

de decirle á D. Pedro: «Ya viene ahí.» D. Facun-

do (su contra-figura,) sale del pabellon y se diri-

ge á D. Pedro é Isabel que lo abrazan.)

FAC. ¡Bendito sea, bendito

el hijo que yo engendré.

TEOD. ¡Ya viene ahí!—Ella es niña,
yo otro chiquillo;
saltamos de contento
con solo un mimo.

Haznos felices,
público.—Allá voy, padre.—
¡Alza pilili!

(Corre hácia el grupo que forman en el centro Don
Facundo, D. Pedro é Isabelita, y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

| | |
|------------------------------|--|
| Verdades amargas. | Las querellas del rey sabio. |
| Alarcon. | Mentiras dulces. |
| Las prohibiciones. | ¡Santiago y á ellos! |
| Una broma de Quevedo. | El padre de los pobres. |
| El caballero del milagro. | La Payesa de Sarriá. |
| Mariana la bariá. | Los crepúsculos. |
| Una Virgen de Murillo (1). | La cruz del matrimonio. |
| Entre todas las mujeres (1). | Los encantos de Brijan (2). |
| La vergonzosa en palacio. | La mano de Gato (2). |
| Cuando ahorcaron á Quevedo. | Los soldados de plomo. |
| El esclavo. | Quiero y no puedo. |
| Una aventura de Tirso. | Un hallazgo literario. |
| La vida de Juan soldado. | La convalecencia. |
| La Vaquera de la Finojosa. | Lope de Rueda. (<i>El batidor de oro.</i>) |
| Lallave de oro. | El molinero de Subiza (3). |
| Grazalema. | El salto del pasiego (4). |
| El Patriarca del Turia. | |

-
- (1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.
 - (2) Las Empresas que deseen representar estas obras de magia, no impresas, se dirigirán al director de escena de las obras del autor, D. DIEGO LUQUE, Madrid.
 - (3) Zarzuela con música del maestro Oudrid.
 - (4) Zarzuela de gran espectáculo, música de D. Manuel Fernandez Caballero.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18, y de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. J. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

C 10